

¡Colega Dellepiane!

El Instituto Sanmartiniano del Perú al acompañarte hasta el pórtico del más allá, te despide serenamente y te da las gracias.

Y, como que de las grietas de la urna funeraria se exhalasen las palabras postreras de este veterano luchador, ya en los umbrales de su nueva existencia, contestándonos:

¡Adelante!

JULIO C. TELLO, el arqueólogo.

† en Lima, el 3 de Junio de 1947.

La arqueología peruana no tuvo hasta la aparición de Julio C. Tello un cultivador genuino y científico. Hasta él la investigación arqueológica fué principalmente obra de viajeros extranjeros o de dilletanttis entusiastas. La curiosidad por las "antigüedades" y restos arqueológicos databa, sin embargo, de los primeros cronistas, principalmente de Cieza, con sus descripciones de monumentos, templos, caminos, fortalezas y piedras milenarias. La trayectoria que vá de los primeros asombrados narradores a los arqueólogos modernos recorre a través de los siglos, diversas etapas de curiosidad y formas de aprehensión de los hechos pre-históricos a veces paradójales o contradictorias.

Después de los cronistas, aparece la estirpe destructora de los "extirpadores de idolatrías", frailes, visitantes y funcionarios, que cumplen la consigna eclesiástica de los Concilios de destruir todas las supervivencias de hechicerías, supersticiones y gentilidades. Es la hueste de los Avila, los Arriaga, Avendaño, Teruel, Albornoz, Hernández Príncipe que arrasan huacas y **machays**, desentierran momias de **malquis** venerados, queman amuletos y **huacanquis**, quiebran **conopas** y persiguen hechiceros y ritos clandestinos. El lema de estos arqueólogos al revés es el del cándido padre Arriaga; "Todo lo que se puede quemar se quema". Pero, en el fondo de este furor iconoclasta, hay una oculta vena de simpatía y de inconsciente aproximación al sentido moderno de la arqueología. Los extirpadores, por razón de su función, se convierten en sutiles concedores de todo el instrumental religioso y la utilería del rito y la superstición y, para comprobar su celo apostólico, describen

las especies destruidas, con sus curiosas supercherías gentílicas y las fábulas conexas. Son, en realidad, unos buenos precursores de la etnografía y el arqueólogo moderno recogerá de ellos inducciones y derroteros apreciables. Tello fué, con su fervor místico a la inversa,—de preservación de todo lo pre-histórico,—un lector afanoso y un experto saboteador de las filípicas descripciones y anatemas pormenorizados de los extirpadores. Por una coincidencia histórica presagiosa, fue su región natal de Huarochoirí, una de las más denostadas y perseguidas por el santo furor de los destructores de huacas y por ende de las más ricas en **folklore** legendario y en tradiciones típicamente arqueológicas. Tello fué la revancha indígena contra Avilas y Avendaños.

Pero la tarea arqueológica peruana, tuvo en la época republicana, otra casta de precursores tan peligrosa como las de los extirpadores y fué la de los “huaqueros” o buscadores de tesoros con sus excavaciones temerarias, su desdén por todo lo que no fuera suntuario, su indiscriminación de estilos y de estratos y su búsqueda comercial de objetos cotizables. Ellos, con sus “huaqueos” clandestinos colmaron de vasijas y de tejidos las colecciones de los aficionados a antigüedades y los ejemplares identificados de los museos extranjeros. Su labor depredadora y confusionista, tuvo, sin embargo, una virtualidad eficaz: las muestras del arte escultórico y textil de los pobladores primitivos del Perú y las muecas grotescas de sus peces y felinos idealizados, llamaron la atención y despertaron la curiosidad de los modernos cultivadores de la antropología. Estos ejemplares prófugos del gran arte cerámico del Perú primitivo, atrajeron a nuestro territorio a los grandes iniciadores de nuestra ciencia arqueológica: Squier, Wiener, Bandelier, Reiss y Stubel, hasta Max Uhle.

En Tello, que es el primer arqueólogo científico peruano, nutrido de técnica y de ciencia europea, se funden todas las calidades de sus antecesores en la faena arqueológica: tenía la unción hierática del **tarpuntae** o sacerdote indio, conservador de los ritos y objetos sagrados, inexpugnable guardador de las huacas, el místico ardor de los extirpadores de idolatrías, la audacia y la intuición telúrica, la resistencia física de los viejos baqueanos violadores de entierros y, además, la técnica científica, múltiple, diestra y avisora, que le hacía penetrar certeramente en todos los secretos de las artes industriales primitivas, de la metalurgia o de la hi-

dráulica, las calidades vegetales de los alimentos o la trama de los tejidos, la antigüedad de los huesos, la índole de las creencias y los mitos o el camino lingüístico seguido por las leyendas. Y a todo este legado ancestral le daba el colorido de su personalidad dinámica, tenaz y persuasiva, poseída de entusiasmo creador, rebelde, áspera cuando convenía, profundamente humana en el fondo y capaz de sonreír de sus propios ímpetus y arrebatos y hasta de sus negaciones rotundas sobre el valor de la cultura hispánica y occidental. Como todo batallador que sale al encuentro de prejuicios solidificados por el tiempo, su actitud inicial era la de la negación cerrada y rotunda, para acercarse a los demás, por exclusión de todo otro camino, a su punto de vista antagónico. Cuando tomaba la palabra en el seno de la Facultad de Letras, para defender criterios pedagógicos nuevos o frutos de su espíritu individualista, era clásica su introducción: "Pido la palabra, señor Decano,..... para oponerme". Su instinto, por mandato racial e histórico, era de contradicción y de rebeldía y acaso si lo llevó también, arrolladoramente, a su ciencia arqueológica. Cuando todos sostenían, con el viejo Uhle, que la cultura era importada y siguió el camino de la costa a la sierra, Tello irrumpió, como en las sesiones de la Facultad, para sostener y probar que la cultura peruana era autóctona y que siguió el camino inverso de la floresta a la sierra y de la sierra a la costa. Y puso la vida en demostrarlo.

Los discípulos de Tello, principalmente Rebeca Carrión Cachot y Toribio Mexia Xesspe han trazado, con motivo de su muerte, el itinerario de sus andanzas y descubrimientos sustantivos y su historial biográfico. Su biografía es realmente un símbolo para la nacionalidad, porque es la afirmación de la aptitud tesonera de la raza indígena, de su capacidad para las más altas formas de la cultura y del poder de su voluntad. Lo es, también, al mismo tiempo, de la profunda síntesis operada por la historia entre las dos razas formadoras del Perú y de la compenetración entre ellas, dentro de la estrecha solidaridad creada por la convivencia y por el vínculo nacional y democrático. Es así significativo que el humilde niño indio de Huarochirí recibiera desde los primeros años de su vida el aliento liberal y patriótico de la república en la escuela fiscal que le enseñó las primeras letras y que luego el apoyo decisivo para la marcha ascensional de sus estudios lo recibiera de una de las más

aristocráticas familias de Lima, y del más ilustre y sonriente de los colonialistas limeños, don Ricardo Palma. Aún más, en sus juveniles entusiasmos cívicos Tello, indio e indigenista de corazón, se afilió al lado de Riva Agüero, hispanófilo y tradicionalista, con quien mantuvo amistad toda la vida, en el partido político de aquel que era en realidad el partido de la inteligencia, que no tiene colores ni enemistades raciales. Y por esto, al presentarse Tello por primera vez como miembro del Partido Nacional Democrático, en el proceso electoral de la provincia de Huarochirí, fué defendido por el más castizo de los oradores limeños, José María de la Jara y Ureta, quien desde la tribuna de la Corte Suprema, presentó al entonces ignorado hombre de ciencia, con estas palabras que envolvían un concepto reivindicatorio sobre su raza y sobre su derecho a ser elegido: "Este es el indio Tello".

La carrera científica de Tello había comenzado ya antes de su transitoria postulación política. Estudió ciencias y medicina en San Marcos, trabajó en la Biblioteca Nacional para ayudar a sus estudios bajo la protección de Palma, se inició en el estudio de las lenguas indígenas con Barranca y comenzó a interesarse como auto-didacta en los estudios antropológicos. En 1906 ofreció su primera conferencia sobre cráneos prehistóricos de Yauyos y en 1908 presentó su tesis "**La antigüedad de la sífilis en el Perú**", que abre la lista de su valiosa bibliografía antropológica. Su vocación se acrecienta y enriquece en su estada de tres años, de 1909 a 1912, en la Universidad de Harvard en Estados Unidos, donde aprendió Antropología, Etnología y Lingüística con Boas, Hrdlicka y otros y por su asistencia en 1912 al Seminario de Antropología de Berlín bajo la dirección del profesor von Luschan.

De vuelta al Perú, y después del episodio fugaz de su incorporación al Parlamento y a la acción política, Tello se consagra a su gran labor arqueológica, a la que dedicaría treinta años de esfuerzos. Su contribución a la cultura peruana se puede seguir en tres direcciones principales: la investigación arqueológica, la creación de grandes museos y la enseñanza universitaria.

Las exploraciones de Tello, comienzan, según sus discípulos citados, acompañando al arqueólogo Hrdlicka por la costa del Perú en 1913. Hasta entonces el mayor número de excavaciones y estudios se habían realizado en la costa y

en el sur del Perú. Uhle había fijado la atención sobre Pachacamac, Moche, Ica, Tambo Colorado, el Collao y sobre la primitiva cultura de los pescadores de Pativilca, Supe y Ancón. Tello recorre, en sus primeros años de orientación y tanteo, los principales centros costeros de donde surgían las sugestivas muestras del arte de Chimú y de Nazca. En 1919 remonta la cordillera e inicia sus periplos andinos que han de darle la clave de su teoría arqueológica, si él no la llevara antes en el fondo atávico de su intuición. Explora entonces las ruinas de Chavín, que ya habían deslumbrado a Middendorf y sugerídole la tesis del Imperio de Chavín y el callejón de Huaylas, en el que descubre huellas de un pueblo de agricultores y pastores, constructor de tumbas subterráneas en una época arcaica contemporánea de Chavín. De esta exploración y de otras subsiguientes, en diversas partes del territorio, brota su teoría de que la cultura del Perú era autóctona, de que Chavín era su centro arcaico más definido y quizás la puerta por donde irrumpió la corriente humana venida de la selva amazónica. Por todas partes, halló más tarde Tello, con una convicción obsesionante, la huella de Chavín, en los estratos más hondos, cubiertos siempre por capas aluviónicas, en la cerámica, en los motivos mitológicos o en las supervivencias lingüísticas. Los dibujos incindidos de Chavín y los motivos ornamentales del jaguar — garras, colmillos, ojos, manchas, cola — reaparecen para Tello en el callejón de Huaylas, en la cerámica Chimú, en la de Nazca y otros centros. Tello no fué, en realidad el descubridor material de Chavín, conocido y descrito por cronistas, viajeros y arqueólogos, pero sí su mejor exégeta y podría decirse el descubridor de su entraña arqueológica con relación a las otras culturas. Tello descubrió, por otra parte, las mayores muestras escultóricas del arte lítico de Chavín, despejó la figura del lanzón monolítico entrevisto por Rivero, Raimondi, Polo, Wiener y Middendorf, describiendo aquel puñal gigantesco embutido en la piedra, como una amenaza siniestra. El escudriñó además toda la zona vecina, desde el Marañón hasta la costa, buscando las irradiaciones del arte lítico por él hallado y definido. Refiriéndose a la teoría de Tello, el arqueólogo americano Kroeber dice: "Tello ha proclamado la prioridad de Chavín con una insistencia que ha parecido a muchos otros arqueólogos una apasionada convicción antes que un juicio derivado de la evidencia: evidencia que de todas ma-

neras apreciada por otra parte no fué nunca publicada completamente en una subsiguiente descripción. Consecuentemente no ha quedado del todo claro que es lo que caracteriza el estilo o la cultura de Chavín y como Tello halla sus irradiaciones — Cupinisque, Mochica, Nepeña, Sechin, Callejón, Ancón primitivo, Paracas, Pucara — las que se manifiestan en las más variadas formas, se ha hallado dificultad en aplicar el concepto, aun que aparezca en realidad que hay en él una esencial semilla de validez”.

Otro hallazgo trascendental de Tello fué el descubrimiento absoluto de la cultura de Paracas. Se conocían telas halladas por el mismo Tello y otros arqueólogos en sus recorridos por Ica y Nazca, pero cuya procedencia se ignoraba. Tello, que en el año 1925 acababa de descubrir la huaca Malena, en el valle de Asia, en Cañete, sede también de momias y de mantos, dirigió sus exploraciones a la región de Pisco y descubrió, debajo de las arenas caldeadas de la península de Paracas, donde desembarcara el ejército libertador de San Martín, los restos de una antiquísima cultura, anterior a la Era Cristiana. De las cavernas y necrópolis de Paracas extrajo esa riquísima colección de mantos bordados, de lana de llama y de vicuña, abanicos de plumas, collares etc. contenidos dentro de más de cuatrocientos fardos funerarios, que hoy deslumbran en la Sala de Paracas del Museo Nacional. Este descubrimiento se complementa con la subsiguiente exploración de la hoya del Río Grande de Nazca y la penetración al interior hasta la hoya del Mantaro y del Apurímac que le permitió identificar los nuevos tipos arqueológicos de los Chancas, Rucanas y Collaguas, por él hallados y definidos.

De 1931 a 1936 Tello realiza diversas y empeñosas exploraciones. Registra la hoya del Mantaro y encuentra, en 1931, las ruinas de Huari Huacaurara y Conchopata. En 1933 halla, en lo alto del valle de Nepeña el templo de Puncuri con su grotesco ídolo felino, pariente indiscutible de la divinidad de Chavín y el templo de Cerro Blanco con sus relieves ornamentales, reproducido hoy en la entrada del Museo de la Magdalena. Ese mismo año identifica las ruinas del cementerio de la Ventana en Illimo (Lambayeque) del que procedían objetos de oro — coronas, pulseras, vasos, prendedores — que habían formado la colección de los hermanos Gayoso, en Chongoyape, y hoy figuran en el Museo del Indio Americano, Heye Foundation, Nueva York.

En 1937, auspiciado por la Universidad de San Marcos y por Nelson A. Rockefeller, Tello lleva a cabo una de sus mayores empresas, la expedición al Marañón, que comprendió en su área de investigación el Norte Peruano, entre la costa y la frontera amazónica. En esta expedición reconoció el valle de Casma en el que descubrió el templo de Sechín con sus grandes estelas monolíticas con dibujos incindidos al estilo de Chavín, la pirámide de Mojeque ya mencionada por Middendorf y las ruinas de Palca. En su informe titulado **“Sobre el descubrimiento de la cultura Chavín en el Perú”**, Lima, 1944, Tello especifica los demás hallazgos hechos en esa fructuosa expedición: acueducto megalítico de Cumbemayo en Cajamarca; mausoleos megalíticos de Yanacancha en Hualgayoc; ruinas megalíticas en Cochabamba en Chachapoyas; Chulpas de Chocta en la provincia de Celendín y ruinas de Nunamarca cerca de Chilia en Pataz.

En 1941 a 1946 en vísperas de su muerte Tello realiza nuevas y jadeantes expediciones, mientras los cuadernos de sus apuntes se aglomeran en los estantes del Museo, esperando el momento del reposo y de la síntesis final que no le fué concedido. En 1940 vuelve a Chavín y descubre las fachadas y escalinata del templo; en 1941 reconoce los valles de Supe, Chilca, Mala y Arequipa, inspecciona Ocucaje y Cayangos; en 1941 se traslada al Urubamba y al Mantaro, descubre centros de arte lítico y cerámico y halla las monumentales ruinas que él bautizó con el nombre de Huiñay Huayna que se escondían como la antigua Machu Picchu, bajo la floresta. Rebeca Carrión considera éste, como el último y el más brillante de sus hallazgos arqueológicos.

Una de las más extraordinarias facultades de Tello fué su poder de creación y de organización. Fué, como ha dicho Kroeber, un dinamismo humano, que ponía en movimiento muchas fuerzas estacionadas o inertes. Esta facultad insólita de realizar sus ideas, de poner en acción sus proyectos la demostró innumerables veces, sacando de la nada instituciones y organismos florecientes a los que él les prestaba ánimo y vida. En 1919, fundó el Museo Arqueológico de la Universidad de San Marcos, en los altos de la Facultad de Letras, allegando casi milagrosamente 14.497 especies principalmente de cerámica de Nazca y Chimú y colocando en la entrada, como cartel de anuncio, una estela o monolito de Chavín. De 1920 al 24 colecciona los ejemplares de la colección Larco Herrera y con ellos instala en un templete in-

caico, surgido instantáneamente en la Avenida Alfonso Ugarte, el Museo de Arqueología Peruana, que el Estado adquirió en 1924 del gran Mecenas filántropo.. En 1945, tras de pasajeras luchas y adversidades logró reunir en un solo recinto todo el material acumulado en sus largos años de trabajo y fundó el Museo Nacional de Antropología y Arqueología, en el que vinieron a fusionarse el antiguo Museo de San Marcos, la Colección Larco Herrera y el material del Museo Nacional de Antropología. La organización y distribución de este museo, con sus amplias salas y corredores, sus estelas líticas, sus mapas y dibujos explicativos, su rotonda de Paracas con la exhibición de los mantos y joyas ceremoniales, las salas dedicadas al arte grotesco y misterioso de las piedras de Chavín y su ambiente de ciencia y de trabajo, es una de las más estimulantes lecciones dadas por Tello a la cultura peruana.

Como profesor Tello tuvo también una actitud siempre renovadora y beligerante. Introdujo disciplinas nuevas como la Antropología General, la Antropología Física, la Arqueología Americana y del Perú, creó seminarios, llevó la clase a los Museos y a las huacas, impartió una enseñanza móvil, activa y viviente. Fué, también, propulsor de reformas y trató en diversas ocasiones, con proyectos y libros, de implantar los modelos que él estimaba provechosos de los "colleges" americanos. Patrocinó también, de acuerdo con moldes universitarios europeos, la implantación de una Escuela de Altos Estudios. Su posición y su tono eran generalmente de reconvencción y de protesta, de crítica fustigadora, pero debajo de la que fluían su bonhomía profunda y su anhelo constructivo. De muchas sesiones de la Facultad de Letras se retiraba, a veces, intempestivamente cuando sus ideas no eran acogidas, pero regresaba a la siguiente reunión, acogiéndose a alguna fórmula de humorística tolerancia.

Los admiradores nacionales y extranjeros de Tello le reprocharon muchas veces que no dedicase sus años de madurez, a la exposición y coordinación de su tarea arqueológica. El prefería la excavación y el hallazgo a la tarea de gabinete, siempre perecedera y revisable. Sin embargo, ateneado por la opinión, publicó libros, monografías, informes, reportajes, artículos, aparte de sus cuadernos de anotaciones tomados en el lugar mismo de las ruinas y sus obras inéditas que, según Rebeca Carrión, llegan a cuarenta. Sus

obras generales de visión sintética y panorámica de nuestras culturas primitivas son tres: "**Introducción a la historia del antiguo Perú**", Lima, 1921, donde esbozó un primer cuadro de la sucesión de las culturas prehispánicas; "**Antiguo Perú, Primera Epoca**", Lima, 1929, donde expone su teoría andina y marca los caracteres de la cultura megalítica andina y de la cultura arcaica del litoral y el último, que condensa el fruto de sus principales exploraciones y algunas observaciones de conjunto sobre el medio geográfico y su reflejo en la biología y economía del pueblo andino que tituló: "**Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas**", Lima, 1942. Al lado de estos deben mencionarse entre sus obras fundamentales sus estudios sobre "**Wiracocha**" y "**Wallallo**", publicados en la revista Inca, **El Arte Muchick**, Lima, 1924 y "**El descubrimiento de la cultura Chavín**", Lima, 1944, en el que recapitula el sentido de sus hallazgos y su convergencia hacia la demostración de la existencia de una cultura y un estilo Chavín, que define y caracteriza, en una lógica y ceñida estructuración, que parece una respuesta a las objeciones y reservas de Kroeber. Entre sus obras inéditas destaca su libro sobre "**Paracas**", en dos volúmenes.

Como el mejor elogio del hombre, del sabio y del maestro se reproduce a continuación el discurso necrológico de Rebeca Carrión Cachot en el que expone diestramente los aportes sustantivos de la obra de Tello. **R. P. B.**

DISCURSO DE LA Dra. REBECA CARRION CACHOT

Señores:

La inesperada muerte del doctor Julio C. Tello, Director y fundador del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, abre profunda y dolorosa herida en el corazón de los que tuvimos la suerte y el honor de ser sus discípulos y colaboradores. Y para los que, como yo desde los años juveniles hemos vivido en el Museo cerca del venerable maestro este dolor es más intenso. Durante esos largos años pudimos apreciar sus generosos sentimientos hacia sus discípulos, y su desprendimiento para hacernos depositarios de sus indagaciones científicas. El venerable ejemplo que nos diera con su inagotable energía y su patriótico empeño de forjar este gran Museo, nos movió a tratar de secundarle y seguirle modestamente en sus planes. La luminosa senda que trazara y su vigorosa personalidad hizo que cuantos llegaron a su lado, así empleados de cierto rango co-

mo modestos y sencillos obreros fueran arrastrados con entusiasmo y lealtad profunda, a realizar tareas que parecían difíciles si no imposibles de ejecutar. Es así cómo logró contar en cada uno de los empleados del Museo con un decidido auxiliar, dispuesto siempre a cumplir los mandatos de este maestro de maestros, y cómo pudo levantar en tan pocos años de tenaz y fecunda labor uno de los monumentos de la nacionalidad que más lustre dan al país. Mi carrera arqueológica, así como la de algunos de mis compañeros, es el tesoro que nos deja para el porvenir. Su memoria para todos será sagrada, porque llevaremos siempre dentro de nuestras almas sus sabias enseñanzas y el resplandor de sus altas virtudes.

Fué creador y fundador de los Museos arqueológicos del país; y luchador infatigable en la titánica tarea que se impuso de dejar para el Perú un Museo que fuera el símbolo de nuestra verdadera nacionalidad; que conservara la reliquias más sagradas de la Nación; que atesorara las experiencias y sabidurías humanas alcanzadas por el Aborigen en más de tres mil años; que reuniera los testimonios verídicos y únicos de la Historia de la Raza India, de su cultura y de su contribución al acervo de la cultura de la humanidad; y que fuera, por último, testimonio perenne de la grandeza de la Raza autóctona.

Por este ideal de garantizar para las generaciones futuras la herencia de nuestros mayores, abandona la Medicina, carrera que constituye su primera vocación, para buscar nuevos horizontes de sabiduría y satisfacer su curiosidad espiritual que vibraba en su ser. Abraza con fervor la ciencia arqueológica y se consagra a ella como un mandato simbólico de su Raza. Este afán le hizo aún descuidar su salud quebrantada desde hace un año por cruel enfermedad y trabajar sin desmayo hasta siete días antes de su muerte.

Cuarenta años de su existencia dedica a esta magna obra, y muchas veces recoge la amargura de las incomprendiones. Valiosos descubrimientos quedan inconclusos y se lesiona de este modo sus sentimientos de auténtico patriota. Duros períodos de prueba soporta que no logran doblegarle y se refugia en sus laboratorios para continuar estructurando los verdaderos cimientos de nuestra Nacionalidad. Pero la tenacidad del maestro es grande y vence las dificultades, coronando su obra que trazó desde 1909.

El Museo que hoy posee el Perú es el más grande Archivo de América en antigüedades aborígenes; y el más valioso registro que existe acerca de la historia de la Nación peruana. En él están acumulados ingentes materiales obtenidos mediante excavaciones científicas. Estas fuentes de estudio están clasificadas por épocas, culturas y temas, exhibidas en parte, y aprovechadas diariamente por in-

vestigadores y estudiantes. Se hallan en su mayoría estudiadas o interpretadas por el Dr. Tello, y las enseñanzas alcanzadas hasta hoy, contenidas en sus libros publicados, y en los inéditos listos para su publicación.

Entre los descubrimientos realizados por el doctor Tello, trascendentales para la reconstrucción del pasado figuran: **Chavín y Paracas** que por sí solos han venido a cambiar la faz de los conocimientos que se tenían sobre la civilización aborigen y aún sobre la Civilización americana. El descubrimiento de Chavín en 1919 abre un nuevo horizonte para la Arqueología: se comprueba la remota antigüedad de la civilización peruana, mucho mayor que la que hasta entonces se le atribuía. Se trataba de una cultura madre, muy extraordinaria en época anterior a la Era Cristiana y que llegó a formar un gran Imperio que se extendió por gran parte de Sudamérica occidental. Esta cultura forma el substratum de la civilización peruana: en todos los sitios arqueológicos descubiertos por el doctor Tello encuentra sus restos inconfundibles debajo de los de la cultura incaica y de las culturas clásicas. Y el descubrimiento de Paracas en 1925 viene a probar que en el Centro Andino se alza notable civilización, una gran familia cultural que se extiende desde el oriente amazónico hasta las Islas del Pacífico, ofreciendo modalidades locales de gran renombre como las culturas **Chanka, Guzco antiguo, Nasca, Chincha y Paracas**.

Alrededor de estos dos importantes descubrimientos giran hoy la mayoría de los problemas americanos referentes al origen de la Civilización Andina y su antigüedad.

La obra intelectual del doctor Tello es invaluable: su aporte a la ciencia americana está contenido en libros, folletos y artículos científicos que acreditan la vastedad de sus conocimientos y sus austeras conclusiones acerca de los discutidos problemas del origen, autotonomismo y desarrollo de las naciones preincaicas.

Se debe al Dr. Tello el haber puesto al descubierto gran parte de la historia del legendario pueblo peruano, que parecía destinado a seguir viviendo en el misterio y el olvido. Con sutil perspicacia y excepcional capacidad interpretativa penetró en el alma de su Raza y de su vetusta civilización.

La obra del doctor Tello queda cristalizada hoy no sólo en su producción arqueológica, sino en la actual organización científica del **Museo Nacional de Antropología y Arqueología**, y en la clasificación de los materiales allí atesorados. Sus teorías científicas se apoyan en hechos arqueológicos fidedignos y en la interpretación serena y justa de la documentación histórica de los escritores de Indias,

las que han sido aceptadas por todos los Congresos de Americanistas reunidos en los últimos años.

Alfred L. Kroeber, considerado después de Uhle como la figura arqueológica más prominente de Norteamérica, en su último libro titulado "Peruvian Archeology in 1942" y publicado en New York en 1944 dice del doctor Tello lo siguiente:

"Indio de distinción y nobleza, es un dinamo humano, fundador de tres importantes Museos y descubridor de numerosas culturas. El conoce tanto de arqueología como el resto de nosotros juntos. Es única en sus ideas.

"Su posición es en algunos aspectos semejante a la de Schilleman en la arqueología del cercano oriente. Como Schilleman, Tello está dotado de extraordinaria energía, con percepción intuitiva, con el don de haber descubrimientos maravillosos y sobrecogedores, uniéndolos en síntesis constructiva. Como Schilleman usa la evidencia que significa mucho para él, y la base de su opinión está sustentada en normas sólidas, las cuales él no define y hace que algunas veces permanezca incomprendidas para otros. Con gran sentido sus resultados son no sólo novedosos sino correctos. En detalle sus juicios no ilegan a conocerse en algunos puntos porque él es impaciente en presentar el conjunto integral. El resto de nosotros aparentemente tenemos que hacer nuestros propios análisis y reajustar nuestros métodos de trabajo para llegar siempre al mismo fin de Tello. Este es el punto de mayor armonía. Si él hiciese más accesibles sus datos en publicaciones científicas con convenientes ilustraciones, la mayor parte de sus conclusiones serían aceptadas sin titubear".

Tales las palabras de Kroeber que perfilan la personalidad del Dr. Tello. Su obra póstuma cumbre, titulada "Paracas" que se halla en prensa, contiene sus últimas teorías. A ella dedicó su obsesivo empeño de realización. Desgraciadamente la muerte le ha sorprendido cuando estaba para darle término. Los últimos capítulos quedan bosquejados y plumeados, y sus conclusiones me fueron dictadas por el doctor Tello en su propio lecho de la Clínica Lozada. En esta obra me cabe el honor de haber sido su colaboradora, así como también a Toribio Mejía Xespe. Por ello, el doctor Tello, convencido de que esta obra —que constituyó su más caro anhelo en los tres últimos años de sus investigaciones, podía ser terminado sin alteración en su contenido ni en su sentido general, solicitó de mí la promesa de que yo la terminara en colaboración con Mejía. Y ambos cumpliremos este sagrado mandato.

En este momento solemne y antes de inhumarse los restos del Maestro querido, deseo hacer presente que su obra no termina con su muerte. Generosamente capacitó a sus discípulos para la investiga-

ción científica, para el trabajo de laboratorio en el Museo y para la tarea de exploración y excavación en el campo científico de la verdadera Escuela arqueológica que está preparada para continuar su obra, para no truncarla, y para mantener a cualquier precio el magno monumento que deja a los peruanos para fortalecer la conciencia nacional.

Nuestro Museo está de duelo; todo cuanto encierra llora su partida, al mismo tiempo está aureolado de un efluvio de tibio misterio, que eternamente nos guiará por la ruta que debemos seguir.

En nombre de mis compañeros de la Escuela arqueológica Tello, y en mi condición de Subdirector del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, renuevo en este doloroso momento — ante la tumba del maestro fallecido al servicio de la Patria,—nuestra promesa de continuar su Obra.

DON JOSE PARDO Y BARREDA, fundador del "Instituto Histórico del Perú".

† el 3 de agosto de 1947, en Lima.

Con absoluta uniformidad en los más diversos sectores de la nacionalidad y desde los ángulos más antagónicos en ideologías e intereses, el país ha rendido homenaje, tardío pero sincero, a las claras virtudes cívicas del ex-presidente don José Pardo, quien gobernó al Perú durante dos períodos de 1904 a 1908 y de 1915 a 1919 y falleció en Miraflores a los 83 años de edad, en el mes de agosto último.

El nombre de los Pardo estuvo unido a valores significativos en la política y en las letras republicanas. Don Felipe Pardo y Aliaga, abuelo del ex-presidente, descendiente de antiguas familias coloniales entroncadas con los primeros conquistadores, fué un sostenedor de las tendencias conservadoras y de los principios de autoridad y de orden, en contra del caudillaje militar, en las primeras décadas convulsas de nuestra vida independiente, y enseñó clásica pulcritud en versos, editoriales y letrillas. Don Manuel Pardo, padre de don José, Presidente del Perú de 1872 a 1876, fué el primer mandatario civil que alcanzó el poder con el voto popular y representó el auge de la inteligencia y de la ecuanimidad política favoreciendo, con sentido liberal, la ilustración y echan-